

DE DONOSTI A CAERLEON, PASANDO POR WICKHAM MARKET.

by José Luis Duo Goldaracena

30 de Junio de 1936 Eduardo Duo, mi padre, recibía el Certificado de Estudios Primarios en la Escuela Francesa de Donostia. El 12 de Julio le entregaban el Premio al Trabajo y Asiduidad del Curso 1935-1936.



Tenía 13 años recién cumplidos y, ni él ni sus hermanos Josefa y Enrique, se imaginaban lo que se les venía encima. Menos de una semana después se sublevaba el general Franco y empezaba la Guerra Civil.

Cuando las tropas franquistas entraron en Donostia, el 13 de Septiembre, la familia Duo ya había abandonado la ciudad. Mi abuelo Luis era simpatizante de Izquierda Republicana y, junto con otros miles de donostiarras, se dirigió hacia Bilbao a donde llegaron unos días después. Más tarde fueron alojados en Portugaleta.

Mi abuelo no fue movilizado por tener 3 hijos, pero en la retaguardia la vida estaba dominada por la tensión y las constantes preocupaciones. La escasez de alimentos, la incertidumbre y el miedo a las bombas de los aviones alemanes hacían que la existencia fuera muy dura.

Cuando había bombardeos, corrían a refugiarse al interior de un túnel de tren. Para los niños todo aquello era una especie de aventura. No había clases y se pasaban todo el día en la calle jugando con sus amigos.

El 31 de Marzo de 1937 empezó la ofensiva del general Mola contra las posiciones vascas y los acontecimientos se aceleraron: La ventaja de su preparación militar y, sobre todo, de su aviación se tradujo en un lento pero continuo avance a lo largo y ancho del frente. Los gudarís y milicianos

combatían con bravura, pero en inferioridad de condiciones, con escasa preparación, mal armados y sin aviones.

Tras el bombardeo de Gernika el 26 de Abril, el Gobierno Vasco hizo un llamamiento a nivel internacional para evacuar a todos los niños que se pudiera. Respondieron Francia, Bélgica, Holanda, la URSS, Suiza y Gran Bretaña.

Desde hacía meses, la parlamentaria Leah Manning y la Duquesa de Atholl, habían llevado a cabo una intensa campaña para lograr que el Gobierno británico permitiera la entrada de niños vascos como refugiados de guerra. Ante las cada vez mayores presiones, se comprometió a permitir la entrada de 2000 niños, siempre y cuando fueran mantenidos y alojados con cargo a particulares.

En Bilbao se abrieron puntos de inscripción, donde los padres pudieran apuntar a sus hijos para que fueran evacuados. Mi abuelo pensó que, entre todas las opciones, el país que le daba más confianza era Gran Bretaña. “Eran los más serios”, solía decir.

El 20 de Mayo, en el muelle de Santurtzi, los hermanos Duo, tras pasar un reconocimiento médico, embarcaron en el “Habana”, un buque con capacidad para 800 pasajeros. Llevaban colgando de sus abrigos unas identificaciones hexagonales de cartón con los números 1106 (Josefa), 1107 (Eduardo) y 1108 (Enrique).

Al día siguiente, a las 6:20 h., el “Habana” zarpó con 3.805 niños y 234 adultos, rumbo a Gran Bretaña. También se hizo a la mar el yate “Goizeko Izarra”, que iba a Francia con 350 refugiados. Hasta el límite de las aguas internacionales fueron escoltados por los bous armados “Bizkaya” y “Gipuzkoa”, de la Marina Auxiliar de Euskadi y por el destructor “Císcar”.

A partir de las 3 millas, la Royal Navy se hizo cargo de su protección. El destructor “Foxhound” acompañó al “Goizeko Izarra” hasta Bayona; el acorazado “Royal Oak” y el destructor “Fearless” escoltaron al “Habana” hasta cerca de Southampton.

La travesía del Golfo de Bizkaia fue espantosa para los niños. La mar estaba muy revuelta y pronto se empezaron a marear. Casi ninguno había viajado en barco y menos una distancia tan grande.

Mi padre contaba que los marineros les ofrecían comida y les decían que era mejor tener el estómago lleno... La intención era buena, pero tales consejos poco sirvieron para aliviar su penoso estado.

Cuando echaron el ancla en Southampton fue como llegar a otro mundo. Fue pasar del desorden y el terror a la organización y el equilibrio. Tras someterles a otro reconocimiento médico fueron bajando a tierra y, por medio de autobuses, les trasladaron a un campamento en North Stoneham, Eastleigh.

Había mucha gente en las aceras y las calles estaban engalanadas por la reciente coronación de Jorge VI. Los niños creyeron que era por ellos, pero la verdad es que se había decidido mantener los adornos para que la bienvenida fuera más completa.

Mi padre y mis tíos se quedaron asombrados por la organización que había en el campamento: desde las tiendas de campaña hasta la megafonía, pasando por los comedores y otros servicios. Después de meses de guerra y penalidades, pudieron comer pan recién hecho, chocolate, mantequilla, mermelada y beber leche fresca. Y además dormían en tiendas de campaña. Todo un lujo para ellos.

Muchas personas acudían diariamente al campamento a trabajar de forma voluntaria para ayudar a los niños y hacerles la estancia lo más agradable posible. Su labor era encomiable. Lo mismo enseñaban

inglés que cantaban, barrían o lavaban la ropa. Había gente de todas las edades, desde personas mayores a boy scouts.

Transcurrido un tiempo, los tres hermanos fueron enviados, junto con otros chicos y chicas, a una casa del Salvation Army en Clapton, al norte de Londres, donde permanecieron durante 3 meses. La disciplina era mayor que en el campamento, pero les trataron muy bien. Pudieron dar paseos por Londres y conocer gente que vivía cerca de su residencia.

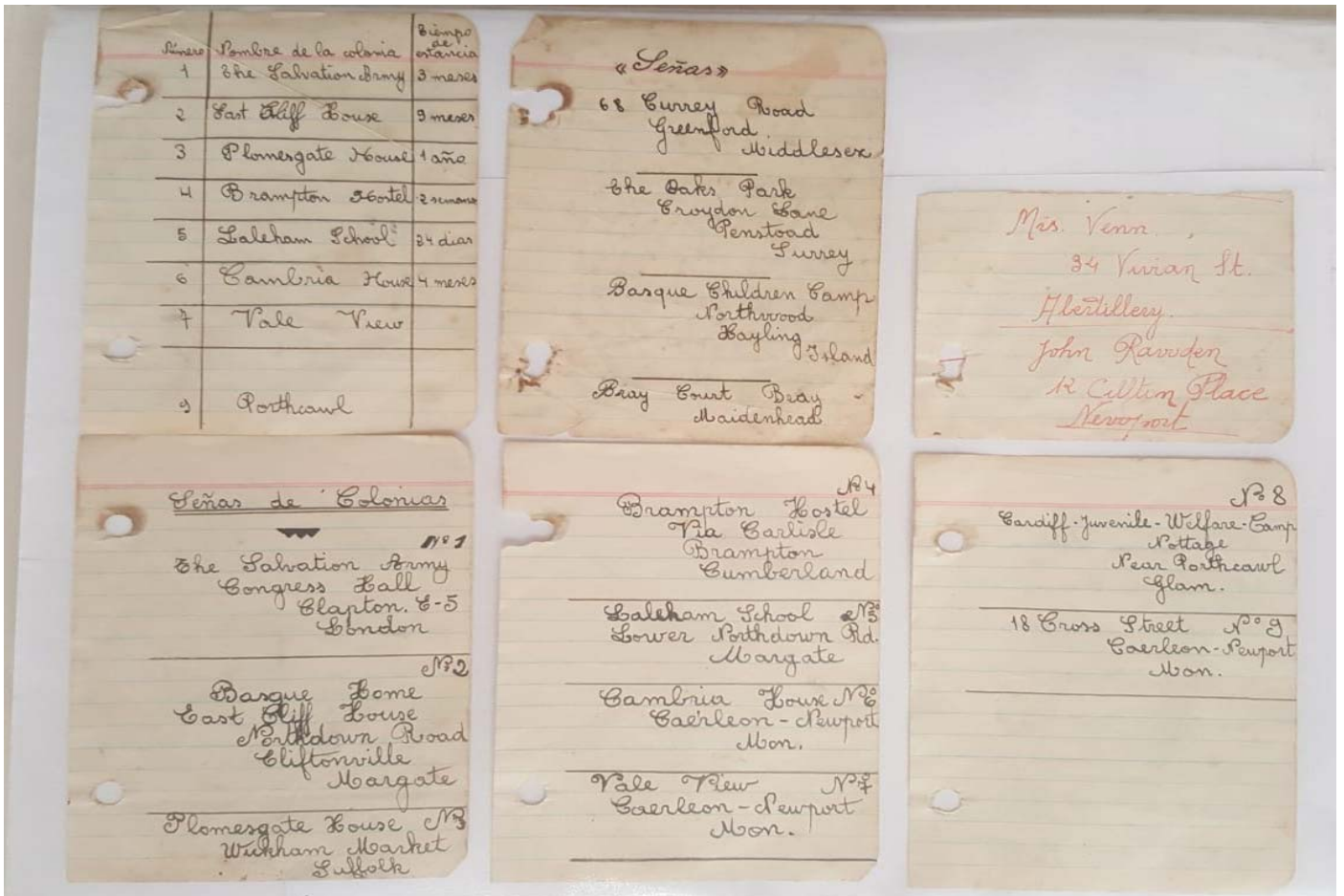
Mientras esto sucedía en Gran Bretaña, mis abuelos salieron de Bilbao, dirección Santander, unos días antes de que cayera la ciudad vasca en manos franquistas. Iban en un convoy, en vehículos diferentes.

En el transcurso del viaje, sufrieron un ataque desde el Sur y la caravana se partió en dos. Mi abuelo se quedó en la parte que tuvo que detenerse y mi abuela siguió adelante. No se volvieron a ver hasta después de que acabara la guerra. Y ninguno de los dos supo hasta entonces si el otro seguía vivo.

Mi abuelo volvió a Bilbao y luego a Donosti. A pesar de que había huido y de que era simpatizante de izquierdas no fue detenido. Solo tuvo que presentarse regularmente en Comisaría. Por su trabajo como representante comercial conocía a mucha gente, incluso entre los fascistas, y eso probablemente le salvó la vida.

Le prohibieron ejercer su trabajo y no tenía dinero ni para pagar una pensión, pero consiguió que varios amigos le dejaran habitaciones donde poder dormir. Anduvo de una casa a otra durante bastante tiempo.

Por su parte, mi abuela había conseguido llegar a Asturias. El cerco se iba cerrando y la gente trataba de huir por mar. Desde Gijón pasó a Francia en barco. Allí tomó un tren que iba a Cataluña. Cuando llegó, le destinaron a Olot, en Gerona, donde estuvo trabajando en las cocinas de un batallón del Ejército republicano hasta que acabó la guerra.



Durante esos años, en Gran Bretaña, Eduardo, Enrique y Josefa residieron en diferentes colonias: 3 meses en East Cliff House, Margate (Kent); 1 año en Wickham Market (Suffolk); 2 semanas en Brampton (Cumberland); 24 días en Laleham School, Margate (Kent) y 4 meses en Cambria House, Caerleon (Monmouth), de donde fueron desalojados al ser requisada la casa por el Ejército. De aquí pasaron a Vale View, Caerleon (Monmouth), que también fue ocupada por los militares, y luego a Nottage, Porthcawl (Glamorgan).



Colonia del Salvation Army en Congress Hall
Londres. 1937



Enrique, Josefa(Pepita) y Eduardo.
Clapton, Colonia en Plomesgate House,
Wickham Margate 28-5-'38



Colonia en East Cliffe House,
Cliftonville, Margate 1937



Eduardo - centro fila de atras con niño en brazos.
Colonia en Plomesgate House,
Wickham Margate 28-5-'38

Mi padre me contaba que visitaron un circo romano en Caerleon; que habían pasado por un túnel debajo del agua en Gales; que solían ir a recolectar fresas y que participó en algún espectáculo de danzas vascas para recaudar dinero y contribuir al mantenimiento de la colonia. También mencionó alguna vez que estuvo trabajando en una fundición.

Los tres hermanos siempre tuvieron palabras de agradecimiento para con todas las personas que les ayudaron en aquellos momentos tan terribles. Por el trabajo que hicieron de forma desinteresada, sacrificando su tiempo, para dedicarse a enseñarles, entretenerles o divertirles. Por todo el esfuerzo que realizaron recaudando fondos y organizando el día a día en las colonias.

Cuando llegaron del País Vasco en circunstancias traumáticas, les dieron ropa, calzado y otras cosas de las que carecían. Y no solo materiales. También les ofrecieron cariño, respeto y ejemplo de trabajo y solidaridad.

Tenían mucho aprecio a personas como Cyril Cule, un profesor galés que hablaba varios idiomas, o Daniel Minton, un hombre bueno, casado con Carmen, una sevillana... Y muchos otros nombres que, por desgracia, se han ido perdiendo con el paso del tiempo

Mi padre contaba que, cuando empezó la Segunda Guerra Mundial, se extendió el rumor de que los alemanes iban a lanzar paracaidistas. Por eso y por miedo a los aviones enemigos, se estableció el "black out" (una de las primeras expresiones en inglés que aprendí), para evitar que se vieran por la noche las luces del interior de las casas...

En 1940, mis abuelos, ya juntos, reclamaron a sus hijos. Fue un momento duro. Había que tomar una decisión : Volver a casa o permanecer en Gran Bretaña.

Se había establecido que, cuando hubiera varios hermanos, la opinión del mayor sería la que prevaleciera. Mi padre quería quedarse, pero mi tía ---que era la mayor--- decidió volver.

El 20 de mayo, cargados con todos los regalos que les habían hecho, ---incluido un Meccano nuevo---, embarcaron rumbo a Santander.

Al pisar tierra fueron recibidos por un falangista con galones, que al oírles hablar en inglés les lanzó un "¡Aquí se habla en cristiano!".

Adiós al paraíso.

Bienvenidos al infierno.

Mi padre falleció en 1969, con 45 años.

Nunca pudo volver a Gran Bretaña, pero siempre la llevó en su corazón.